

LA TERTULIA.

Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.



10 CTS.

DOMINGO 20 DE JUNIO DE 1852.



FERIAS DE MADRID.

¡Esta sí que es miseria!
¡Perdido soy, me llevan á la feria!
(Samaniego.)

Así exclamaba el desdichado cochino (con perdon sea dicho) cuando en compañía del cordero y de la cabra le llevaban contra su voluntad á ser vendido: ¡qué bien se le alcanzaba al pobre, aunque destituido de racionalidad, que semejantes funciones no suelen ser muy provechosas sino á los vendedores! Este fatal presentimiento está amenazando ya á mas de cuatro de nuestros benévolos lectores, á quienes cordialmente deseamos salgan dichosamente de tamaña angustia. Ello es cierto que en todos los años vemos poco mas ó menos las mismas baratijas; pero es tambien indudable que todos los años acudimos á lo ménos á mirarlas. Hé aquí que por la calle de Peligros veo venir á un mocito á quien suavemente enlazan por cada lado dos jóvenes graciosas, que le prodigan dulces miradas, y mucho mas dulces y enmeladas espre-

siones: él procura corresponder á ellas, pero en medio de su aparente satisfaccion se trasluce que va diciendo entre sí:

¡Perdido soy, me llevan á la feria!

Sube desde la Puerta del Sol don Crisógono, reciénvenido de la Habana, que en aciaga hora salió del café de frente del principal á tiempo que pasaba la viudita doña Guadalupe acompañada de su doncella, y me le han pillado á tiro perfectamente. La obesa humanidad de don Crisógono surca como una galeota holandesa por el mar de la calle de Alcalá; pero se dispone ya á alguna gran averia, y va murmurando entre dientes:

¡Perdido soy, me llevan á la feria!

En mal punto quiso la trampa que el pasante don Facundo saliese pareja con la elegante Clarita, á quien se manifestó sobradamente rendido en la tertulia de mi señora doña Dominga, y que ella le apalabrara para paseo en un dia de esta semana. Vedle conducido ya al matadero; no valen testigos ni alegatos, sino decir:

¡Perdido soy, me llevan á la feria!

¡Pero señor, si lloviesen pesetas! Mas este género ni por San Mateo sale á la plaza, aun entre tantas rarezas como se ponen en venta. Con que no hay otro remedio que no sentir los males de antemano, como decia el carretero de la misma fábula al pensador marrano, y ver qué remedios de precaucion pueden usar los Adonis de escasos bolsillos, que suelen ser los mas. El comerciante hable mucho en estos dias entre el séxo hermoso de letras que le cunplen á la vista y del mal estado de las pagas; el militar de que de un dia á otro va á salir la órden de que su cuerpo vaya á las Californias, y que teme le ha de coger desprevenido para la marcha; el pretendiente haga unos cuantos dias de cama, echando la culpa á su agitada vida; el empleado diga que ha obtenido licencia por una temporada y se va á tomar baños; el literato y poeta vean si se avienen los ferieros á darles algun chal por una disertacion, ò un par de guantes por una oda romántica; y en fin, un amaguillo de tercianas, una afeccion de las que inclinan á la soledad, podrán sacar del paso á muchos, cohonestando unos dias de ausencia. Esto se entiende con los solteros; ¿pero los casados y miembros de una misma familia? ¡Ay de vosotros padres y madres que tenéis hijos! ¡Ay de vosotros abuelos cariñosos! ¡Ay de vosotros tios solterones, pero clavados en el hogar doméstico! y ¡ay de mí! que aun-

que las facultades periodisticas no alcancen mas que á feriar rehiletos, ya me sitian cinco sanguijuelas, ya me sacan de casa, ya vuelvo la esquina de la calle del Càrmen, esto es hecho; ¡ay!

¡Perdido soy, me llevan á la feria!

El boton.

La otra noche cuando mi muger dormia á mi lado y me volvia la espalda, y que yo ni pensaba en dormir, me sucedió una cosa singular, que voy á referir con todos sus puntos y comas. Yo nunca miento: conviene á saber esta circunstancia.

Tenia yo un brazo fuera de la cama; hacia frio, y quise meterle bajo el cobertor. Al tocar el cuello de mi muger con la estremidad de los dedos, sin mala intencion (bajo mi palabra de honor) puse el índice sobre un pequeño boton, y este boton hizo mover un resorte. La cabeza de mi muger se dislocó, se abrió en dos pedazos, y asistí de espectador á un sueño que se representaba delante de sus ojos cerrados. Esto es inconcebible, pero es cierto; y sobre todo á nadie mataré porque lo crea.

Los fisicos dirian sobre esto muy buenas cosas; porque ¿sobre qué no las dicen ellos? Por mi parte, si sé como se hizo esto, quiero que me ahorquen.

Los metafisicos deducen tam-

bien razones maravillosas sobre los sueños: ya dicen que son una confidencia del sentido al pudor, ya un eco de los deseos del día, ya la duplicata de la víspera ó el protocolo del día siguiente. La mejor de estas hipótesis no vale un diablo, creedme, para un marido que presencia los sueños de su muger.

Ella soñaba, pues, que yo habia partido á la América en un buque de vapor, que el vapor habia hecho reventar el buque, y que el luto la sentaba perfectamente. Mi dichosa muger se miraba en el espejo, y cantaba, con alfileres en la boca, probándose un gorro negro primorosamente hecho.

De improviso tocaron á la puerta: ella cesó de cantar y se puso á sollozar delante del espejo ensayando la actitud mas melancólica del mundo; despues hizo abrir, llorando á lágrima tendida.

Entró en casa de mi viuda uno de mis amigos de pension, doctor en medicina, que tiene patillas negras, vara y media de espalda y la pantorrilla cuadrada. El doctor respetó el dolor de mi viuda, la enjugó los ojos muy delicadamente, hablando con calor de las cualidades físicas, morales é intelectuales que yo poseía en supremo grado cuando estaba aun entre los habitantes de este globo sublunar.

«Quizá no tenia mucho talento, replicó ella dulcemente, interrumpiéndole con gracia sobre el capítulo intelectual; y aun hacia reír á to-

do el mundo cuando abria la boca, porque sus bestialidades eran sin término. No es bueno ser injusta porque él haya muerto; pero seguramente, si he de ser franca, esto último es lo mejor que ha hecho en su vida. ¡Dios le tenga en su santa gloria!»

«En cuanto á las cualidades del alma, dijo mi viuda al estenderse el doctor sobre mis numerosas ventajas morales, os juro que no me cegó la pasión: era regañon como un marrano, gloton y avaricioso. Puedo decir que me hizo bien desgraciada; y si por mi parte no hubiera opuesto tanta paciencia, tanta virtud, se habria citado nuestro matrimonio como un verdadero infierno. Pero pues que ha muerto, gracias á Dios, quiero ser misericordiosa y pasar la esponja sobre lo pasado. De mi parte este es un acto de heroismo que harian pocas mugeres.

«No insistamos sobre eso, exclamó ella bajando los ojos, cuando el doctor quiso enumerar mis cualidades personales: no es oro todo lo que reluce.»

En este momento los ojos del doctor tomaron una espresion muy extraordinaria, y los aproximó tanto á los de mi viuda, que ya no pude percibir lo mas mínimo. Cerré la cabeza de mi muger, y me dormí reflexionando desesperadamente sobre la naturaleza de los sueños.

Al día siguiente mi muger se levantó con el alba; yo desperté muy tarde, y ella vino á mi cabecera

con los ojos saltando de alegría.

«El doctor sale de aquí, me dijo ella.»

—¡Y bien! contesté yo.

Y bien (replicó mi muger) lo que yo tanto deseaba, ya ha sucedido. Si tú quieres, tu amigo será el padrino: él se ha brindado desde el instante en que le consulté sobre mi situación.

—Me alegro mucho (le repliqué) pero será necesario que antes le examine yo sobre la cuestión de saber si los sueños son el protocolo del día siguiente ó la duplicata de la víspera.»

POESIA.

IDILIO.

¿Ves, Laura, el manso arroyuelo
que va las flores bañando,
y en silencio murmurando
sin alterar su rumor?

Pues mira, su dulce calma
gozaba yo alegres días
cuando tú correspondías
á mi eterno y fiel amor.

Mas ¡ay! que ya me olvidaste
y muestras una fiereza
que desdice en tu belleza,
y dura muerte me dá.

¿Dónde están los juramentos
que hiciste de no olvidarme?
si mas penas quieres darme
quitame la vida ya.

Amarme juraste, ingrata,

en el bosque y la montaña,
y en el valle y la cabaña
prometiste serme fiel.

¡Qué falsedad! ¡qué mudanza!
y á mi pesar yo te adoro;
y tú ingrata al ver que lloro
no dejas de ser cruel.

Si un rival mas venturoso
hoy tus finezas alcanza,
él sufrirá tu mudanza,
él llorará tu impiedad.

Que yo tambien engañado
en otro tiempo vivia,
creyendo que no cabia
en tu pecho falsedad.

Mira esos troncos, ingrata,
y en sus ásperas cortezas,
lee, tirana, las finezas
que tu fiel mano grabò.

Pide al tiempo que sañoso
con lluvias y vendabales
borre las tristes señales
de un amor que acabò.

Que yo, infeliz, perseguido
de tu imágen seductora
en todas partes, traidora,
¿cómo olvidarte podré?

Haré vanas reflexiones
y el mas inútil empeño.
¿Mas yo olvidar á mi dueño?
¡Cielos! antes moriré.

POETA.

Así se lamontaba
Silvio llevando al prado su rebaño,
y el infeliz lloraba
de su Laura el engaño:
¡como si en la muger fuera esto extraño!



COSMORAMA NUEVO.

Días há que leimos anunciado en los diarios de la plaza la exhibicion de un nuevo cosmorama, pintado por el señor Calyó; y aun cuando en el anuncio se tenia buen cuidado de advertir que en otro tiempo habian agradado los trabajos de este pintor, nosotros como estabamos escarmentados á leer anuncios pomposos de cosmoramas, que vistos despues eran unos verdaderos mamarrachos, habiamos renunciado á ver este nuevo para no ser chasqueados. Una casualidad, que para nada importa al público saber, nos hizo entrar en la casa donde se muestra el cosmorama, y francamente lo decimos, esta vez tambien nos engañamos; con la diferencia de que ahora fué el chasco agradable, pues creimos ver uno de esos muchos mamarrachos que hemos visto otras veces, y nos encontramos con un magnífico y verdadero cosmorama. Los cuadros perfectamente pintados; entendida muy bien así la perspectiva lineal como la aérea, las luces muy bien colocadas, la clase, dimension y colocacion de los cristales adecuados al objeto, hacen que las vistas produzcan una ilusion completa, figurándose el espectador que mira asomado por una ventana que da al sitio representado por el pintor.

Ocho cuadros componen la primera esposicion, y todos ellos de

un relevante mérito, copiados segun el natural.

En unos hay que admirar el arbolado, el mar y las montañas; en otras los edificios, las figuras hechas con una proporcion que no hemos visto en ningun otro cosmorama; en aquellas embelesa el efecto de la luz de la luna reflejada por el agua del mar; en estas los distintos grados del color de fuego de una ciudad incendiada; en todas, en fin, ese buen conjunto, esa exacta proporcion entre todas las partes, esa variedad en la unidad que constituye la belleza. Todas las vistas nos han agradado sobremanera; pero como lo bueno tiene tambien sus grados, nos ha parecido, aunque por distintas razones, que las que representan la bolsa de Filadelfia, y la llamada el Soakiring Mowtain, en el alto Missisipi, son las dos que mas sobresalen, admirando la una por la propiedad del edificio, y la otra por el efecto de las luces y la valentia en el colorido.

Creemos que tan luego como el público tenga noticia del mérito real que tiene el cosmorama del señor Calyó, acudirán á ver estos preciosos cuadros muchas personas que, como nosotros, no habian ni pensado visitar el cosmorama, temerosos de ser chasqueados.

TEATRO PRINCIPAL.

Como la compañía de este coliseo está próxima á concluir sus funciones dramáticas, y como una parte del público se reserva para cuando vengan los eminentes actores Arjona y Lamadrid, el teatro de cierto tiempo á esta parte se halla casi desierto en los días de trabajo, y aun en los festivos la concurrencia no es como de costumbre. En la última semana, sobre todo, ha estado tristísimo, por la escasez de concurrentes. Verdad es que no ha habido ninguna novedad de las que suelen atraer gente, pero en cambio la primera y segunda parte de *El Duende* que han representado, son de las que mejor ejecuta esta compañía.

Con efecto, el señor Rodés, el señor Lozano, y la señora Muñoz trabajan perfectamente, como actores, en estas dos zarzuelas, y siempre arrancan en ellas muy merecidos aplausos, porque cada cual está en su verdadero lugar, es decir, que desempeñan papeles adecuados á su cuerda, y porque además tienen muy poco de canto y casi todo es de representación. Así es como los músicos deben escribir las zarzuelas, si no quieren que mueran al nacer; poca música y sencilla, de lo contrario compondrán una ópera y no una zarzuela, imposible de ser bien ni aun medianamente can-

tada por actores que no han hecho profesion de músicos. Por eso la primera parte de *El Duende* se ha representado tantas veces, y se seguirá representando en todos los teatros de España, mientras la mayor parte de las demas zarzuelas apenas sobreviven á una temporada, y eso cuando han logrado mas fortuna, que cuando no, se ejecutan una sola vez.

Miscelánea.

Vida y muerte de Semiramis.

=Semiramis, esposa de uno de los oficiales del ejercito de Nino, rey de Asiria, se distinguió por sus hazañas heroicas: el rey se casó con ella y la dejó la corona: la ambiciosa princesa quiso inmortalizarse tambien; edificó á Babilonia en pocos años, ciudad mas soberbia que Nínive, cuyas murallas eran tan espaciosas que seis carros podian marchar de frente. Los muelles, el puente sobre el Eufrates, los jardines suspendidos, los prodigios de arquitectura y escultura y el templo de Belo, que contenia una estatua de oro de cuarenta pies de alto, todo fué obra de Semiramis. Construyó otras ciudades y conquistó reinos: marchó contra el rey de la India con tres millones de infantes, quinientos mil caballos y cien mil carros: para suplir la falta de elefantes, imaginó esta admirable estratagemá:

mataron por su órden trescientos mil bueyes negros, con cuyas pieles, amoldadas en forma de elefantes, cubrieron otros tantos camellos que hizo marchar en batalla. La estratagemata no tuvo buen éxito, pues habiendo sido la heroína batida, herida y obligada á huir, murió poco tiempo despues en sus estados.

El corazon de la muger.—El corazon de la muger puede muy bien compararse á un jardin, que si se cultiva ofrece la continua sucesion de frutos y flores que tanto regalan al alma como deleitan los sentidos; mas si se le deja inculto, solo produce en abundancia malas yerbas. ¿Porqué, pues, no se cultiva este con esmero y constancia? Si el alma femenina estuviese en todas las mugeres bien provista de conocimientos útiles, el influjo del sexo en lo moral seria una imagen del desierto, puro y resplandeciente; ya esté rodeado de arenas en la sociedad, olvidado y desconocido, ó ya deslumbrado en medio de la opulencia de la vida social.

Decia un filósofo que en el mundo habia dos hermanas de caracteres tan opuestos, que allí de donde una salia nunca volvia á entrar; y que la otra allí donde entraba nunca volvia á salir. Estas son la *vergüenza* y la *sospecha*.

Hallábase Sócrates en la cárcel de Atenas condenado á muerte por haberse burlado de la pluralidad de dioses que adoraban sus compatriotas, y habiéndose ido á despedir de él para siempre su muger Jantipe, le dice ésta bañada en lágrimas:—¿Será posible que mueras inocente?—Y qué, respondió el sábio, ¿querias mejor que muriese culpado?

Anécdota.—No hacia mucho tiempo que Mr. de Clermon-Tonnerre habia aceptado las funciones de camarero de la princesa Borgheze, funciones que le daban derecho de asistir al palacio del emperador, cuando un dia despues de levantarse Napoleon le dirigió la palabra, y llevando la conversacion muy léjos le dijo:—«Conde, habeis hecho bien en entrar á mi servicio: os lo agradezco y cuidaré de vos. Pero ya veis que ser camarero de mi hermana no es bastante; es necesario servir... Escuchad... no puedo devolveros los privilegios que antes teniais... no: eso no se puede... Pero en fin, id á ver á Clarke: él es ministro de la guerra... pedidle que os haga capitán, y que os reciba de ayudante de campo: le direis que yo os he dado este consejo.»—Mr. de Clermont-Tonnerre se guardó muy bien de despreciar este buen consejo; y Clarke, como no titubeara en creerlo, se apresuró á complacerle, de donde vino á resultar que Mr. de Clermon-Tonnerre hizo la cam-

paña de Jena en calidad de capitán ayudante de campo del ministro de la guerra.

Todavía no quedó en esto. Después de la vuelta de Tilsitz, el emperador tornó á ver á su favorecido, y le dijo:—¿Porqué no sois coronel? Mirad que no haceis bien en eso.—Pero, señor...—Sí: ya sé las dificultades que se oponen... es difícil en efecto... Pero, oid: se organiza en este momento un regimiento de guarda-costas: vuestra suegra tiene propiedades en Normandía: id sin deteneros: mostrad celo y actividad: poneos á la cabeza de uno de esos regimientos: vestid las insignias de coronel: á vuestro retorno vendreis á verme con ellas: yo callaré, y vereis como nadie se determina á decir una palabra. Esto pasará como lo digo; y en cuanto á Clarke, estoy bien seguro de que se lisonjeará de tener por edecán á un coronel.»—Sería supérfluo añadir que este nuevo consejo del emperador fué seguido con la misma puntualidad que el primero, realizando el resultado las *profecias* de Napoleón.

Todo el mundo sabe que los dos hermanos Mirabeau diferían tanto en opiniones como en carácter: el vizconde era tan valiente como tímido el conde. La causticidad del primero le produjo un desafío, en el que fué herido gravemente. Su hermano acudió á informarse de su estado, y el herido le dijo:—«Mu-

cho te agradezco esta visita, que creo muy desinteresada, pues sé que nunca me pondrás en el caso de tener que pagártela.»

—Ese mismo vizconde, presidiendo la asamblea nacional, respondió bruscamente á un diputado tartamudo que le importunaba mucho para que le concediese la palabra:—«La naturaleza te la ha reusado.»

Epigrama.

Un jorobado.

Robaron á un jorobado
un frac hecho á su medida;
y su pérdida advertida,
se puso muy enfadado,
mas como ignorase quien
podía ser el ladrón,
le echó esta maldición:—
¡Ojala le venga bien!

CADIZ: 1852.

Imprenta á cargo de don Manuel Sanchez del Arco, calle del Calvario, n.º 126.